

Encuentro con un mast

(Por Eruch Jessawala)

Estábamos viajando con Baba y Él estaba tomando contacto con los masts, y recuerdo que, una vez, estábamos en Madrás caminando por una muy concurrida calle lateral cuando vimos a un mast sentado en la galería de un edificio. Baba indicó que quería pasar un rato recluso a solas con el mast. ¿Qué había que hacer entonces? ¿Cómo habría que resolverlo? A veces podíamos convencer al mast para que nos acompañara y se encontrara con Baba en cualquier lugar que estuviéramos, pero allí no estábamos en ninguna parte, estábamos viajando, y no teníamos un lugar al que pudiéramos llevar al mast.

A veces el mast estaba en una zona un tanto aislada y lo único que nosotros podíamos hacer era quedarnos vigilando mientras Baba se sentaba con el mast, pero en este caso el mast estaba sentado en la galería de un banco ubicado en una calle de mucho movimiento. Y nosotros no teníamos tiempo. Baba siempre tenía prisa. No había tiempo para resolverlo adecuadamente, entonces Baba me indicó que entrara en el edificio y le consiguiera un permiso para reunirse con el mast en el interior durante quince minutos.

Pero sucedía que se trataba de un banco. A decir verdad, no era un banco enorme sino una sucursal, pero aún así era un banco. Ahora bien, yo sabía que esto que me pedía era imposible. ¿Qué gerente de banco iba a permitir que dos personas se sentaran dentro de su banco a solas?, porque ésa era la condición de Baba: no sólo que Él y el mast se sentaran dentro, sino que todos los demás tenían que retirarse del banco mientras Baba se reunía con el mast. Yo sabía que esto era imposible. Al menos una mitad de mi mente podía registrar que eso se trataba de un pedido absurdo y que era humillante entrar en el banco y efectuar esa propuesta directamente. Pero la otra mitad de mi mente registró simplemente que eso era lo que Baba quería y que entonces tenía que hacerlo, y tenía que hacerlo de tal manera que el gerente del banco estuviera de acuerdo.

Entonces entré y muy autoritariamente exigí hablar con el gerente. Nuestro modo de comportarnos tenía que ser muy enérgico porque nuestra ropa no era muy impresionante que digamos. Ustedes saben cómo es esto. Si hubiéramos entrado bien calzados y trajeados, luciendo relojes caros y ropa occidental y demás, los que tenían autoridad habrían tenido que optar por escucharnos. Pero puede decirse que nosotros estábamos siempre vestidos con harapos. Habitualmente no habíamos dormido ni

nos habíamos bañado como era debido, o no nos habíamos lavado la ropa durante días, y con nuestro aspecto de mendigos, debíamos exigir ver al gerente del banco, al alcalde, etcétera. ¿Se dan cuenta a qué me refiero cuando digo que no podíamos ser tímidos? Con el aspecto que teníamos, si hubiéramos actuado con timidez, nadie nos habría escuchado ni un instante. Entonces, con gran autoridad, pedí hablar con el gerente del banco.

Pocos minutos después viene el gerente y le explico que estoy ahí en nombre de mi hermano mayor, quien tiene que atender un asunto muy importante y delicado, el cual solamente el gerente podrá resolver. Lógicamente esto despierta su curiosidad y también apela un poco a su vanidad, de modo que me pregunta de qué se trata. Le digo que estábamos viajando y que, al pasar por Madrás, mientras caminábamos por la calle, sucedió que mi hermano mayor vio a un viejo amigo suyo. Había perdido contacto con él, y ahora, después de largo tiempo, lo veía otra vez. El único problema era que su amigo no le contestaba, y a mi hermano mayor le gustaría poder sentarse unos minutos con él. Como es el caso que este hombre está sentado en la galería del banco, lo ideal sería que mi hermano pudiera ir ahí y sentarse unos momentos con su amigo dentro del banco, lejos del bullicio de la calle, y tal vez entonces este hombre le conteste.

“¿Qué es lo que usted quiere? ¿Quiere que yo pida a los empleados que se vayan?” me pregunta el gerente con un dejo de asombro. “Sí,” le contesto, “pero no se preocupe. Ellos pueden quedarse en la galería y yo también me quedaré vigilando en la puerta para ver que no entre nadie más, y usted no tiene que preocuparse, pues eso durará solamente unos pocos minutos, y ésta será una oportunidad maravillosa para mi hermano mayor,” etcétera, etcétera.

El gerente vacila, como si estuviera preguntándose, pero al final acepta y les pide a todos los clientes y a todos los cajeros, e incluso al guardia, que se retiren, y permite que Baba y el mast entren y utilicen el banco. Recuerdo esto tan vívidamente porque todavía había dinero esparcido por ahí. El gerente había dispuesto que todos se retiraran de inmediato, y todas las operaciones simplemente se suspendieron allí. Pero el gerente aún permanecía ahí, y entonces le dije: “Por favor, señor, salga usted también. Todos nos quedaremos en un rincón de la galería”. Entonces salí con él actuando como si esperara que él viniera conmigo, y él vino. Y sin siquiera pedirle permiso, cerré las puertas detrás de nosotros como si el banco me perteneciera y lo clausuré, y nos quedamos ahí mientras Baba tomaba contacto con el mast.

La situación era imposible, si piensan en ella desde el punto de vista propio del mundo; incluso era absurdo sugerirla, pero, mediante su Gracia, fue posible. Y resultó un buen contacto con el mast; pude ver tan pronto Baba salió que ese contacto

había resultado bien pues Baba estaba muy contento. Entonces le di las gracias al gerente y nos fuimos. Pero esto que nosotros representábamos fingiendo una autoridad que no teníamos, al menos en el sentido del mundo, era una parte necesaria de nuestras vidas con Baba. Porque estábamos sirviendo al Señor, teníamos ciertamente esa autoridad, pero aun así era penoso para nosotros tratar de ejercerlo.